



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

Ángela Nzambi

*Ngulsi*

[Selección de relatos]

Edición impresa

Ángela Nzambi, *Ngulsi* (2012)

En

Ángela Nzambi (2012) *Ngulsi*. (s.e./s.l.), (pp.19-26)

Edición digital

Ángela Nzambi, *Ngulsi*. [Selección de relatos] (2016)

Vicente E. Montes (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.  
Noviembre 2016



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) .



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante



*Ngulsi*  
Ángela Nzambi

MALUERG

“Eligieron pescar en ese tramo de río para mostrarse el valor que necesitaban para afrontar sus conflictos”. Pensé y dije de alguna forma cuando Chinde preguntó por la moraleja de la historia, y me miró.

No era un tramo habitual en la pesca de los veranos. En sus inmediaciones estaba el árbol del que decían que superaba al más grande de los árboles imaginados por el hombre, de su tronco podían abrazarse en círculo todos los miembros del pueblo, sus hojas no mostraban signos de las épocas, sus raíces enterraban secretos que no debían ser desvelados y eran el refugio de peces que venían huyendo de las pescas, ahí quedaban las últimas aguas de la época seca. Era el árbol tutelar del pueblo. Se le rendía tributo en los nacimientos y enlaces; era testigo de declaraciones y promesas que le esculpían o le colgaban con objetos en el tronco, así recordaba los acontecimientos y hechos de las familias y calculaba el tiempo de la tribu.

Nanzie lideraba el grupo de mujeres que había decidido ir a pescar. “Mañana todo el pueblo comerá guisado de barbo y sobraré para los perros”, dijo cuando alguna sugirió que consultaran a los mayores la posibilidad de pescar en ese tramo. Partieron con el cantar de los primeros gallos, el pueblo seguía dormido. Llevaban cestas, cubos, redes, machetes y restos de comida de la noche anterior. Pasaban sigilosas por detrás de las cocinas hacia el sendero del río, endurecido bajo sus pies descalzos. Caminaban sin divisar el horizonte, un universo de árboles, quietud y misterio, donde querían protegerse de los excesos de lo cotidiano, como del sol o del viento, aunque necesitaran luz y aire. Querían cantar juntas o gritar, pero era temprano y se alejaban sin revelar su destino. Cantaban para sí mismas, la misma melodía con letras distintas.

e papa mama (zig yang yang)

a nao (zig yang) a nan moweló

e papa, mama (zig yang yang)

a nao (zig yang) a nan moweló

Cantaban como si recordaran su infancia, como si quisieran volver al momento en que eligieron su destino o se lo eligieron. En sus mentes se cruzaban imágenes de ayer con las del momento mientras caminaban.

Namba lamentaba que sólo las mujeres hubieran cantado el nacimiento de su hija; tres años antes había nacido su hijo varón en el seno de su misma familia y se celebró vaciando corrales y huertos y con tributos al árbol. Nanzie creía haber hecho todo lo que debía: se casó joven y era madre de siete hijos, entre ellos tres varones que ya ayudaban a su padre en distintos quehaceres; se levantaba de madrugada para organizar el hogar, luego se iba a sus plantaciones, donde poseía diversos alimentos —tubérculos, cacahuetes, maíz, verduras— en grandes parcelas, tanto para el consumo familiar como para intercambiar; creía que era atenta con su marido y todavía no necesitaba la ayuda de una coesposa. Buambo fue desposada para aumentar el número de miembros de la familia; habían pasado varias lunas y ya se oían las voces.

e papa mama (zig yang yang)

a nao (zig yang) a nan moweló...

e papa, mama (zig yang yang)

a nao (zig Yang) a nan moweló

Seguían cantando la misma melodía con letras distintas, recordando a sus pequeños, que corrían a abrazarlas cuando las divisaban por los senderos entrando al pueblo y pedían sus trozos de caña o frutas. Ellos eran la claridad en sus horizontes.

Llegaron al tramo del río frente al árbol. Era la primera vez que lo veían, y se dijeron que superaba las descripciones que de él circulaban por el pueblo. Parecía una madre en torno a sus retoños —hojas secas y caídas, ramas encorvadas, enormes raíces asomándose a la superficie y hierbas y otros árboles— formando una gran maleza a su alrededor. El viento movía los objetos colgados en su tronco y estos emitían sonidos que parecían mensajes. El río posaba bajo sus pies y los peces paseaban en sus aguas esmeralda.

Las mujeres extendieron sus esteras en el suelo. Se sentaron y expusieron sus provisiones en el centro para compartir entre todas. Tomaban su primer alimento del día entre risas, contemplando el entorno y las burbujas en el río. El sol calentaría pronto sus cabezas, pero comían sin prisas antes de empezar la faena.

Reunían troncos de árboles caídos, ramas secas y moldes de barro que encontraban en las inmediaciones. Construían dos presas colocando troncos, unos encima de otros en orden de mayor a menor tamaño y los sujetaban con otros replantados, y rellenaban los huecos con moldes de barro, hojas, piedras y sedimentos. Una presa era más alta que la otra según su posición en el cauce del río, la superior estaba por encima del nivel de las aguas, la inferior al mismo nivel. En el vaivén del río a la orilla cantaban juntas y a viva voz, enriqueciendo las canciones de siempre con estrofas de fantasías y sueños.

En la represa que formaron las burbujas salían con mayor intensidad. Namba miraba furtivamente el árbol y creía estar recibiendo mensajes que no sabía descifrar. Nanzie seguía liderando el grupo,

organizando el trabajo, fijando detalles en las presas, designando la posición de cada una. Se alinearon en la presa inferior con los cubos, redes y cestas. Ciñeron sus vestidos en las cinturas y en contornos de su ropa interior y empezaron a faenar.

Recogían agua de la represa y la derivaban al cauce en un frenesí de movimientos de brazos y contornos de cintura. Volvían a ensimismarse. La memoria y la imaginación viajaban junto con el vaivén de los brazos. Imágenes de ayer se cruzaban con las del momento y otras nuevas que les hacían simular sonrisas.

Habían disminuido el agua de la represa a la altura de las rodillas, y algunos peces se asomaban curiosos por la irrupción. Uno cayó en una de las redes y reunió a las mujeres en torno a él. Siguieron reduciendo la represa hasta la mitad de sus piernas y, entonces, arrastraron y capturaron peces sin discriminar el tamaño ni la especie. Cada captura era recibida con júbilo; pero en ninguna habían capturado un barbo, el pez objeto de la presa y el más cotizado de los ríos.

En la orilla del árbol quedaron a descubierto algunas raíces y parecían enormes tentáculos, fuertes y feroces. Esa visión inquietó a Namba. Al momento un barbo se asomó entre las raíces. Nanzie lo vio y fue tras él con el machete. El barbo volvía al interior del árbol, como si fuera hacia una madriguera, cuando Nanzie le cerró el paso con varios cortes que hicieron saltar trozos de una raíz y gotas de sangre del barbo. Lo recogió victoriosa y lo alzó a la vista de sus compañeras. Era el primero de los centenares que empezarían a capturar, les dijo.

Al momento Namba advirtió que el sol se escondía detrás de una nube gris en la que no habían reparado y se formaba un revuelo en el lugar donde Nanzie había capturado el barbo. Un chorro de líquido salía de la raíz salpicando la superficie; decenas de barbos salían dando saltos y se posaban sobre los sedimentos, descubriendo sus tripas blancas; los objetos colgados en el árbol se movían con mayor intensidad al paso de un viento repentino y miles de hojas caían y cubrían la superficie; el árbol parecía moverse, giraba a su alrededor; las presas se rompían, el río recuperaba su cauce.

Las mujeres se miraron atónitas ante el repentino cambio. Resolvieron recoger la pesca capturada, sus objetos y volver al pueblo. Mientras recogían, el río aumento su tamaño y caudal volcando las cestas. Los peces volvieron al agua. Las mujeres corrían hacia el pueblo; la tierra temblaba bajo sus pies, los árboles se inclinaban al paso del viento y querían azotarlas, ellas caían en cada tramo y en sus mentes escuchaban una canción:

ma nzu ma acu...

ma nzu ma acu...

nza nveme mobo mobee macuana ñie

eké, eké kee... okuo.

Cantaba una voz distinta de las suyas, pidiendo socorro. Le habían herido una pierna y no podía alcanzar a su percursor. Soñaba una y otra vez mientras corrían entre el destrozo, como el de un fuerte temporal. Llegaron jadeantes al pueblo. Los niños se asustaron al verlas y gritaron. La explicación que dieron dejó atónitos a unos, otros la encontraron absurda. Los ancianos se miraron con complicidad y prohibieron que nadie se adentrara en el bosque por unos días.

## MACHON MA KUGU

(Sonidos de atardecer)

Los atardeceres tenían los mismos sonidos en todo el pueblo. Desde las cocinas las madres voceaban a sus hijos, en los patios, recordándoles las tareas que debían realizar —traer agua de los pozos y llenar los recipientes del cuarto de baño y la cocina, lavar los utensilios, ir a ducharse al río o en los pozos, entrar a cenar—. En el río sonaban los cacharros en contacto con otros, el zambullir de los bañistas, las melodías que producían las mujeres con el agua. En los senderos se oían las pisadas de los que regresaban a sus casas, cargando palanganas y cubos, y mientras caminaban, hablaban, cantaban o silbaban. Era también el momento en que los residentes de los corrales debían volver, después de pasar el día deambulando por las cocinas y los patios; y si alguno faltaba, había que ir a buscarle con lámparas entre el rocío de las plantaciones.

En Ngulsi cenábamos sentados alrededor del fuego de leña en la cocina, a salvo del frescor de las tardes de la época seca, cada cual con su plato sobre los muslos. Chinde aprovechaba el momento para deleitarnos con alguna historia. Entretanto la escuchaba y veía los colores que producía la leña al quemarse y las chispas que saltaban, me trasladaba a los espacios que vivieron Manana y las mujeres de Maluerg. Chinde insistía después en la moraleja, que no debíamos desobedecer a los mayores, so pena de recibir los mismos castigos que las protagonistas de esas historias.

Al cruzar la explanada hacia las habitaciones, nos envolvía una intensa oscuridad que contrastaba con la luz de las lámparas en las noches sin luna. Como ecos nos llegaban los tambores y canciones de Niñá en Ngüeburg, o de Nsiemang bailando en algún patio cercano, también cantaban los grillos en las noches de lluvia.

En la cama y después de señalar la cruz en las frentes, símbolo de la religión que el abuelo prefería que adoptáramos, llegaba el momento del silencio, quien hablara podía perturbar el viaje de los iniciados. Solo una lámpara quedaba encendida en mitad del pasillo. Luego el tío Ngun pasaría su revista nocturna. Y sonaría después la melodía a tres voces con noticas que sabríamos a la mañana siguiente.